



Chapucensis

Associació de Modelistes Navals i
Estudis Marítims de Barcelona

ENTRANDO A PUERTO CON MAR GRUESA

Vivencia de JAUME PIEDRABUENA

Entrevistado en Chocolatería Brescó (Casa Calvet) el 15 de septiembre del 2015

Y escrito por Joaquim Rovira

El final del viaje fue un descubrimiento iniciático viniendo de una tierra donde pocos de sus habitantes han viajado. Barcelona lo cautivó, hasta el punto que decidió quedarse para siempre. El entorno, el decorado urbano, los colores, los aromas, la gente, la energía que flotaba en el aire, todo ello caló profundamente en su ánimo. A medida que la ciudad se abría a su paso, él se sentía crecer. Instalado ya en Barcelona, un día paseando por las Ramblas llegó hasta el mar. Sorpresa siempre deseada y nunca imaginada. Recorrió arriba y abajo, el rompeolas, la playa a la Barceloneta, el muelle de pescadores: Nuevos olores, gente con oficios sorprendentes, colores variopintos, el horizonte del agua en perpetuo movimiento, envistiendo la arena con terquedad para desbriznarse en blanca espuma.

A los diecinueve años adoptó Cataluña cómo su tierra, orgulloso de su catalanidad, aquel joven fue mi padre. Feliz a pesar de las dificultades de una vida de cien oficios y mil privaciones, con vocación de ciudadano honesto y padre de familia, con mi madre criaron y educaron tres hijos. Mi hermano mayor, mi hermana y yo, no tomamos consciencia del esfuerzo que hicieron por nosotros hasta muchos años después, con la reflexión que conlleva la vejez. En la España de posguerra, él no calificaba los bandos de buenos y malos sino que hablaba del destino que pone a unos y a otros a un lado u otro. También recuerdo que decía: “No quieras para otros, lo que no desees para ti”. Pero eso, no es lo que quería contar. Esa es otra historia.

Esa introducción es lo que me ha relatado Jaume cuando le he preguntado por su padre. Él, sin embargo quiere explicarme la vivencia que recuerda con tanta intensidad cómo si el tiempo no hubiese pasado. Se disculpa por tratarse de una anécdota de la “mili”, pero es que el destino o, la providencia, lo colocaron en la marina para cumplir la prestación militar. Así pues, ese es el preámbulo de su especial aventura.

Puesto que mi hermano hizo la “mili” voluntario, mi madre me preguntó si yo también quería hacerlo. No quise y no me arrepiento.

La fecha de mi incorporación en Cartagena no la olvidaré en mi vida. Fue el 11 de julio del 1969, veinte días antes que Neil Armstrong llegase a la luna. Pero eso no es lo que quería explicar. Esa, es otra historia.

El primer contacto con el ambiente militar fue el tétrico cuartel en Cartagena, antigua cárcel donde, aparentemente nadie se había preocupado por darle una mano de pintura ni tampoco disimular el aspecto patibulario que rezumaba por doquier. Para redondear el ambiente, hombres uniformados de gris y una placa en el pecho, paseaban ignorándonos, con aspecto severo.

Transcurrieron tres días cantando “El submarino amarillo” de “Los Beatles, sumidos en pertinaz aburrimiento. Amén de cierto temor, o más exactamente, canguelo. En consecuencia de ello quedé en estado de alienación por lo cual no oí el toque de diana. Me levanté gracias a los compañeros que me sacudieron hasta conseguir despertarme. Pero eso no es lo que quería contar. Esa es otra historia.

Supongo que soy, de natural, curioso y por ello me intereso por muchos y variados temas. Así pues, cuando solicitaron voluntarios para un curso de “sonar” en San Fernando de Cádiz, fui el primero en apuntarme.

Debo reconocer que mis expectativas quedaron colmadas. Aprendí la guerra de minas y también la navegación de cabotaje a un nivel, para mí, sorprendente.

El retorno a Cartagena no fue tan feliz, donde los oficiales se sorprendieron de mi regreso. Nadie me esperaba. Además me adjudicaron guardias con “Cetme”, arma desconocida para mí, lo cual me provocaba desazón. Pero eso, no es lo que quería contar. Esa, es otra historia.

En Cartagena pasé unos quince días, hasta que me incorporé a mi destino definitivo como tripulante del dragaminas M-26 Ebro, que es donde hacía las guardias armado con pistola con su cargador reglamentario. Lo cierto es que, no me molestó hacer más de cien guardias, una cada tres días; paseando a lo largo de las amuras; contemplando el mar y las nubes o el cielo azul, de día, y las estrellas de noche, el chapoteo del agua contra el buque, el olor a mar, sugestivo y fascinante. Y, las luces cambiando lentamente sus tonos, sobre el movimiento perenne de la capa líquida. Un paisaje móvil del cual yo tenía el privilegio de formar parte. Disfrute de la naturaleza mientras cumplía las guardias con la pistola y su cargador, que me hacía sentir una extraña responsabilidad en el pequeño mundo del barco. Cargador, por cierto, sin balas, vacío.

Los días que no tenía guardia, por la mañana cumplía servicios varios, luego, por la tarde tranquilidad; pescando, leyendo etc. Pero, eso no es lo que quería contar. Esa, es otra historia.

Hicimos bastantes maniobras, con los colegas de la OTAN y con la “flotte française”. Frente a Tarragona y frente a Málaga. Entonces el barco minador colocaba unas diez o doce minas y seis dragaminas, entre ellos el nuestro procedíamos a desactivarlas. Minas de toda clase: Minas “D-orinikea”, minas de profundidad regulables, acústicas o

magnéticas. Además se investigaban minas de presión programables en función del número de barcos, tiempo, etc. Para desactivarlas había varios sistemas: Liberarlas cortando el cable con lo cual ascendían a la superficie donde se las detonaba con un disparo. Las acústicas y las magnéticas se detonaban mediante campos magnéticos o acústicos, remolcados a distancia prudencial del dragaminas. Debo decir que no sé cómo se verificaba la efectividad de nuestra misión, puesto que las minas quedaban en el fondo marino y no llevaban carga explosiva, de lo contrario no estaríamos contando esta historia que, por cierto no es la que yo quería contar. Esta, es otra historia.

A los tripulantes de dragaminas se nos conocía con el calificativo de “hombres de hierro navegando en barcos de madera”. La verdad es que yo no me sentía un hombre de hierro, ni a mis compañeros les percibía dicho talante. Supongo que la frase pretendía infundir valor para enfrentarse a situaciones difíciles, incluso peligrosas. Los dragaminas eran de madera precisamente para poder evitar el magnetismo de las minas de dicho tipo e incorporaban un bobinado alrededor del casco para neutralizar el magnetismo del motor y otros elementos metálicos imprescindibles para el buen funcionamiento del buque. Cada año navegábamos hasta Cartagena para verificar la ausencia de magnetismo. Antes de hacernos a la mar, vaciábamos el dragaminas de todo cuanto pudiese ser detectado en el túnel de verificación. En una de las inspecciones sonó la alarma de magnetismo en el túnel. Se había detectado un objeto metálico a bordo. Me sorprendió que el sistema de control precisó con exactitud la situación: A babor, de la cuarta cuaderna, junto a la sentina. Se trataba de una llave inglesa olvidada después de una reparación días atrás. Pero eso no es lo que quería explicar. Esa, es otra historia.

Al cabo de unos siete meses de servicio militar, regresando de unas maniobras desde Cartagena, navegando hacia Porto Pi con potente mar gruesa tanto, que las olas saltaban por encima del castillo de proa con sus cuatro metros de obra muerta. Aquel día, el oficial, que tenía el mando me envió al puente para tomar el timón, lo cual me sorprendió. Llegando al sitio comprendí la situación al ver al timonel tirado por los suelos, envuelto en una manta, en posición transversal de estribor a babor, completamente incapacitado por el mareo. Tomé el timón manteniendo el rumbo y maniobrando para atacar las olas de través, tal como había aprendido en San Fernando de Cádiz. Aquella noche dormí a proa con los suboficiales, en vez de hacerlo en la cubierta baja. Allí, el movimiento del buque, de una violencia notable, hizo que se me removiese todo, yo que nunca me mareaba, hice un vaciado total. Para recuperarme fui al “Panteón de los marineros ilustres” (Qué es así cómo se conoce el espacio donde se ubican los alternadores) el sitio más tranquilo por su posición céntrica en la nave.

Después de dormir, ya de día, volví a mi sitio, en el puente alto, pero el timonel continuaba tendido incapacitado total. Así que tomé el timón de nuevo.

En vez de enfilarse hacia la bahía de Palma, lo hicimos hacia la Dragonera para poder navegar enfilando la proa a la mar. En consecuencia, llegando a la Dragonera sería necesario 15 grados a estribor y, así me lo ordenó el oficial desde el puente alto. Pero al

hacerlo el barco inició un leve balanceo de manera que yo rectificué, siguiendo la táctica aprendida de cortar las olas. Este gesto fue fatal. La violencia del movimiento armó un “pollo” de mucho cuidado. Ocurrieron dos cosas, mejor dicho; ocurrieron tres cosas; Un marinero cayó de golpe, de arriba abajo, de una escalera. El timonel, tendido en el suelo, delate mío, se deslizó hacia babor hasta la mampara lateral, impactó con los pies y se levantó rígido como una momia quedando en pie. Por fin, yo con grandes esfuerzos por mantenerme asido a la rueda del timón, conseguí recuperar el rumbo con un golpe instintivo del timón; en consecuencia el timonel volvió a caer al suelo resbalando, esta vez, hacia estribor repitiendo la pirueta, quedando, ahora, vertical cabeza abajo, a estribor. Solamente unos instantes, puesto que, una vez más, el oficial bramó “quince grados a estribor” y yo obedecí. El timonel como un muñeco de trapo retrocedió repitiendo su exhibición involuntaria, hasta cuatro veces, tantas como yo tardé en comprender que debía mantener el rumbo a pesar del balanceo lateral. Con ello, mientras duraba el órdago, sentí la emoción cruel del peligro a que sometía la tripulación. Al tiempo que el poder de dibujar, mediante el timón, la derrota sobre la mar embravecida.

El día siguiente, el oficial no me felicitó; a pesar que yo lo esperaba; pero me di por satisfecho, cuando le pregunté, respondiendo con un lacónico: “bien”. Y, esta, sí que es la historia que quería contar.

Debo añadir que; desde aquel día, después de mi pequeña proeza, nunca más, en toda mi vida he pilotado un barco, ni tan siquiera me he embarcado. Pero el recuerdo de aquella aventura lo he llevado siempre conmigo y me ha dado coraje y determinación para afrontar los momentos difíciles.